

Instituto de Investigaciones Gino Germani

VI Jornadas de Jóvenes Investigadores

10, 11 y 12 de noviembre de 2011

Nombre y Apellido: Carina Muñoz, Sebastián Rigotti, Juan Pablo Gauna, María Laura Schaufler, Leila Passerino.

Afiliación institucional: Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de Entre Ríos.

Correo electrónico: carina_m@arnet.com.ar, sebastian.rigotti@fcedu.uner.edu.ar, jpgauna@hotmail.com, mlaura31@gmail.com, leilapasse@hotmail.com

Eje problemático: **Eje 5. Política. Ideología. Discurso.**

LA RELACIÓN CULTURA-POLÍTICA: EL PROBLEMA DE LOS PROCESOS DE CONSTITUCIÓN DE IDENTIDADES

I. La relación cultura-política

Presentamos parte del avance de un proyecto en desarrollo, *Cultura, política y subjetividad: un estudio de caso*¹, que se propone reflexionar sobre las matrices culturales implicadas en los fenómenos políticos. Consideramos que existe en las Ciencias Sociales una tendencia a *politizar* la cultura, esto es, a problematizar en términos políticos las formas de la relacionalidad en los ámbitos de la vida privada, cotidiana². Nuestra preocupación empero va en dirección opuesta: lo que intentamos es ‘culturalizar’ la política, valga el juego de palabras, indagar las matrices culturales³, las relaciones imaginarias que se articulan en los procesos de lucha política. En este caso, partiendo de procesos que ponen en visibilidad una acción colectiva, una discursividad política, nuestro esfuerzo es rastrear, reconstruir las matrices culturales que las sostienen. Esta preocupación nos ha puesto en el terreno teórico de “lo imaginario”, de la “afectividad” en la vida social.

Caben aquí dos consideraciones referidas a los puntos de partida teóricos que merecen ser explicitadas. Una, (1) el vínculo de *la política y lo discursivo* como tensores de lo que puede entenderse como “lo social”, o dicho con más precisión, el espacio público. Una tal conceptualización requiere enfatizar la idea de comunidad y de horizontes compartidos de sentido como condición de posibilidad de todos los intercambios, de todos los mensajes. Al mismo tiempo, considerar que la política se despliega en el orden del decir. No importa aquí cuánto de ese decir se cumpla profiriendo palabras, cuánto blandiendo el puño, cuánto callando, cuánto haciendo. *Dicir* es por excelencia el acto humano de la vida en común

¹ PID 3132 FCE UNER, director: Sergio Caletti; co-directora: Magíster Carina Muñoz.

² Aquí podemos señalar, por ejemplo, los esfuerzos de los Estudios de Género, como una de las tematizaciones más significativas en este orden.

³ Siguiendo a los Estudios Culturales, entenderemos que la cultura está constituida por prácticas significativas, por ello será de importancia detenerse en el sentido que los grupos sociales le otorgan a esas prácticas.

enfrentándose a su horizonte, significándolo. La relevancia política del decir está, así, atada a la posibilidad de enunciar lo nuevo, lo por venir, así como a la posibilidad de reinterpretar lo pasado para definir lo presente, y ambas cosas en un contexto de reconocimientos sociales.

Otra, (2) en relación con *lo discursivo* y *lo imaginario*. Una clásica indicación de Marx apunta que los hombres no sólo hacen la historia sobre la base de condiciones dadas sino que, además, al hacerla, en rigor *no saben* qué es lo que hacen. Es precisamente la idea freudiana según la cual la creatura humana paga el precio de un desconocimiento radical de sí en su advenir a la vida social —vale decir, por constituirse efectivamente como *humana*— lo que da pie a la posibilidad de pensar lo histórico-social no ya como el desplegarse de proyectos de unos sujetos de razón y voluntad, a la manera que inaugurara la Ilustración y en la que insisten hoy ciertas tendencias de la teoría social, sino más bien como el amasijo de unos sujetos que, por citar el disloque que Lacan propone para el *cogito* cartesiano, *donde piensan no son*. Sobre estas bases cabe repensar, a nuestro juicio, la participación de las dimensiones subjetivas de la acción en los procesos de producción política.

En este sentido, la formulación lacaniana de la tópica RSI resulta sumamente fértil porque ofrece una teoría del sujeto que permite revisar este aspecto “inconsciente”, a la vez, productor-reproductor. Los tres registros, Real, Simbólico e Imaginario, representados como una estructura topológica de nudo borromeo, constituye un encadenamiento de eslabones donde cada uno funciona dando consistencia a los demás. Tal como aparecen en las últimas formulaciones de Lacan, no hay preeminencia de uno sobre otro; si alguno falla, hay falla en la estructura.

a. Escenas y escenarios

La Resolución 125/08, referida a las retenciones móviles para exportaciones de oleaginosas -a propósito de la soja- desencadenó en el país un conflicto político y social que se extendió durante 126 días⁴. La fenomenal movilización de protesta, que alcanzó decibeles de más de 300 cortes de ruta simultáneos -además de tractorazos y actos emblemáticos-, fue proporcional al debate que suscitó, cuyo tenor excedió lo meramente económico-sectorial. La “Mesa de enlace” que se conformó como referente principal de la oposición, reunió un arco de organizaciones que resistían la medida -desde la Federación Agraria hasta la Sociedad Rural- en una unidad que borró las históricas diferencias entre pequeños y grandes productores, entre *colonos* y *estancieros*.

⁴ 13 de marzo de 2008, las entidades del agro realizan la primera medida de protesta, el *lock out* de ventas, hasta el 16 de julio de 2008, en que fue derogada la Resolución.

Dichas posiciones representaron siempre intereses históricamente opuestos, pero esta vez interpretaban -ambas- que “la 125” les “metía la mano en el bolsillo”, cometía una injusticia, amenazaba la vida de “la vaca lechera” del país y mataba la “gallina de los huevos de oro”. El éxito político del reclamo sectorial se puede valorar en la consigna “Estoy con el campo” que lucían los parabrisas de la herramienta de trabajo que se transformó en ícono de los cortes: “la cuatro por cuatro”, “la Hilux”, y que alcanzó también los de muchos transportes públicos que pasaban por la zona de cortes, así como los de quienes querían manifestar públicamente el apoyo al sector. “Estoy con”, expresaba el resultado de una fuerte exigencia de toma de posición que caracterizó la confrontación Gobierno-campo. De hecho, múltiples sectores de la clase media, sin vinculación alguna con el negocio rural, se vieron convocados a los cortes, como también algunos sectores gremiales, y progresismos de distintas procedencias. De este modo, “el conflicto del campo” devino en un problema de todos.

Durante ese proceso hubo un reacomodamiento de las posiciones políticas en el país, en diferentes órdenes: fracturas inesperadas, alianzas insospechadas; produjo también la emergencia de nuevos liderazgos invisibilizados hasta entonces, como el de Alfredo De Ángelis⁵ que, desde el sector agrario, “copó” la escena apenas iniciado el conflicto; y hacia el final, la figura del vicepresidente Julio Cobos⁶, como referencia política de “la gente”. El Gobierno, en cambio, no sólo sufrió pérdidas de ministros importantes sino también escisiones que comenzaron a esbozar un frente opositor; en primer lugar, la ruptura de la propia fórmula presidencial que expresaba alianzas que se extinguían, en segundo lugar, la fractura definitiva del partido gobernante con la emergencia del Peronismo Federal.

La escena termina con el Gobierno derrotado en las cámaras, con el voto “no positivo” del vicepresidente, que dirimió el empate, posicionándose así –según muchos analistas- como “claro” candidato a presidente de la oposición. En medio de ese proceso, también hubo un hecho novedoso, la participación del campo intelectual, con la emergencia de Carta Abierta, en apoyo a la política gubernamental⁷. Nuestra hipótesis es que la magnitud que alcanzó este conflicto no fue –dicho vulgarmente- un “efecto mediático” alentado por la clara y abierta toma de posición de los grandes medios masivos de comunicación, que efectivamente ocurrió; ni tampoco puede atribuirse solamente a los grandes intereses políticos y económicos

⁵ El dirigente de la Federación Agraria de Entre Ríos, tenía hasta ese momento un importante papel en la Asamblea Ambiental de Gualeguaychú y el corte del puente San Martín en la lucha contra la pastera ex Botnia.

⁶ Este apelativo del vicepresidente fue puesto en escena por los ruralistas en el bautizo del primer toro campeón que arribó a la exposición rural de ese año, el 21 de julio.

⁷ Merecería un análisis especial el tratamiento que los medios masivos de comunicación dieron al conflicto, pero dejaremos de lado este aspecto por decisión metodológica.

afectados por el *lock out*. Sino que, a la par de todo ello, hubo procesos de otro orden que, por ejemplo, desempolvaron significantes como *chacarero*, *oligarquía*, y otros, como *yuyo*, o *yegua*, evidenciando la necesidad de acudir a ciertos esfuerzos retóricos en la argumentación.

Expresiones como esas, a nuestro juicio, se amarran en la trama afectiva de una matriz cultural, anclan en procesos imaginarios, que producen sentidos por vía de identificaciones afectivas, más que racionalizaciones. Sin estos elementos, la racionalidad no hubiera sido suficiente para a hacer equivalentes intereses ciertamente encontrados, en el doble sentido, de convergencias y divergencias. En esta investigación, exploramos indicios que nos permitan comprender esa matriz cultural y los modos de articulación de este registro imaginario con los debates políticos que se pusieron en escena.

b. Lo imaginario y la subjetividad

A diferencia de la tradición ilustrada, el Psicoanálisis no plantea lo imaginario en oposición, sino en *articulación* con lo real y lo simbólico; una articulación, además, necesaria para la consistencia del sujeto. El ser humano pierde, al nacer, el acceso inmediato a la satisfacción de sus necesidades orgánicas reales; pero al mismo tiempo que este hecho -salir del vientre materno-, el ser humano se introduce –o es introducido- en el mundo del lenguaje. El orden simbólico queda así estructuralmente entramado con las necesidades, porque abre paso a su satisfacción o frustración, en la organización de la demanda. La demanda se dirige siempre a un “otro”, cuya figura primigenia es la madre, quien –por esta demanda- está investida del poder de satisfacer o frustrar. De manera tal que la demanda expresa una necesidad, pero es el vehículo de un lazo afectivo decisivo: es una demanda de amor incondicional, imposible de satisfacer que, por ello, organiza el deseo. El deseo es aquello que emerge en la espera del otro. De allí que el sujeto es, sobre todo, sujeto de deseo. En un ensayo destinado a revisar las huellas de la teoría lacaniana en la Filosofía Política de izquierda, Stavrakakis, lo dice de este modo: “De hecho, la propia realidad se articula en torno al deseo, en el sentido de que el surgimiento de la realidad (como dimensión incommensurable con lo real) presupone la pérdida de nuestro acceso inmediato a la necesidad real, presupone la imposición de lo simbólico. Mediante la imposición de un hiato entre la necesidad presimbólica y la demanda, la castración simbólica obliga a los seres humanos a ir en pos de su deseo *en* el marco de una realidad socialmente construida” (Stavrakakis; 2010: 67-68).

Esta condición deseante es decisiva para la constitución del lazo social, en el que la afectividad, la necesidad y el lenguaje se entran en inextricablemente. La plenitud perdida se constituye como una falta imposible de “tapar”; el sujeto deseante es un sujeto de la falta. El

orden simbólico y el orden imaginario, se movilizan en esa dirección, a un punto imposible, la plenitud real, que está perdida para siempre. En términos del mismo autor: “Lacan introdujo una conceptualización de lo simbólico que no es la del circuito cerrado sino la de un conjunto siempre carente e incompleto: ‘la falta en el Otro’ (...) señaló que el lenguaje no puede constituir un conjunto cerrado, que no hay universo de discurso (...) y este carácter incompleto del sentido sedimentado es lo que hace posible el surgimiento del sujeto y la (parcial) recreación continua de la identidad (individual o colectiva) mediante nuevos actos de identificación” (Stavrakakis; 2010: 58).

De manera que *la falta* hace que el sujeto hable y se dirija a otros. La falta produce. Este deseo imposible de satisfacer, esta falta imposible de cubrir, la plenitud imposible de alcanzar, mantiene el movimiento porque la operación resulta siempre inacabada, abierta. Según Stavrakakis: “En efecto, esta brecha constitutiva e insalvable entre el nexo simbólico/imaginario (el campo de la construcción e institución social) y ese real que siempre se escapa es lo que también hace posible la historia: si fuera factible que una construcción social particular simbolizara de lleno lo real, la historia llegaría a su fin, junto con el permanente juego de la creatividad humana (deseo) y la dislocación social (falta) (...) es precisamente este aplazamiento lo que mantiene vivo el deseo y abierta la creación sociopolítica” (Stavrakakis; 2010: 59 y 70).

Señalemos ahora un punto de controversia por demás significativo: esta condición constitutiva de la experiencia humana que es lo imaginario, ¿es fuente de *creación* o de *alienación*? Tal controversia cobra mayor visibilidad en dos de las tres fuentes principales de éste concepto, a saber, Castoriadis y Lacan⁸. Estos autores coinciden en señalar el orden de lo imaginario como una instancia productiva de la subjetividad y en una caracterización que puede resumirse en tres rasgos principales: el carácter prediscursivo, su creatividad, la implicación proyectiva del mundo. Mientras que Castoriadis, señalando el movimiento instituido-instituyente enfatiza lo imaginario vinculado a la capacidad creativa del sujeto y de la sociedad, Lacan sospecha de ella y nos advierte sobre el desconocimiento radical del sujeto respecto de sus condiciones de sujeción, esto es, de su *falta*. Para Lacan, creación y alienación, son fuerzas que tensan la trama de la experiencia humana *a la vez*: “No hay creación sin alienación: no hay construcción que no sea alienante en cierta medida” (Stavrakakis; 2010:70).

⁸ La tercera es Jean Paul Sartre.

Desde esta perspectiva, la subjetividad se plantea en la articulación de lo simbólico y lo imaginario. Las imágenes y los significantes son objetos socialmente disponibles a través de los cuales se despliegan procesos infinitos de identificación, que suelen denominarse identidades. Ahora bien, es importante señalar que el acceso a cada una de esas instancias, no es inmediata. La experiencia humana, no está mediada por el lenguaje, sino *determinada* por la relación con el lenguaje. El acceso a lo imaginario es posible por el lenguaje, que, a su vez, resulta una estructura incompleta, a partir de una relación radicalmente desenlazada entre significante y significado. También es de este orden –incompleto- el acceso a lo real. Como dijimos, lo real se resiste a la simbolización y permanece como resto; pero también, con su irrupción, opera dando consistencia. Tampoco hay acceso directo a lo simbólico: es necesario el lazo con el otro que, en tanto imaginario, permite sostener la dimensión simbólica. Por el lenguaje y por el lazo con el otro es que el mundo, y la posibilidad de contarnos como “uno” se nos hace accesible. En ese devenir, lo imaginario es condición de posibilidad.

c. Lo imaginario y lo discursivo

Revisaremos ahora la relación imaginario – discursividad, para lo que retomaremos esencialmente el trabajo de Sercovich que vincula, desde una lectura de Lacan, lo imaginario con las nociones semióticas de Peirce sobre signos icónicos. Por otro lado, retomaremos a Pêcheux, que en un diálogo con Althusser y lateralmente con el Psicoanálisis, plantea lo imaginario como condición de posibilidad de la producción discursiva. Pero antes, recordemos la concepción lacaniana de la relación imaginario-simbólico, a través de un fragmento del trabajo de Sosa en el que examina la deuda teórica con Lacan del concepto *hegemonía* de Laclau y Mouffe. Dice Sosa: “Para estos autores la práctica discursiva configura las relaciones sociales, en tanto relaciones de sentido, a través de la articulación de elementos que por esta operación se vuelven momentos de una cadena significante. Está claro que lo social ya no puede ser pensado en términos de sistema, lo cual implicaría que sólo nos encontramos ante momentos que mantienen entre sí una relación prefijada. Tal como lo señalan los propios autores la lógica de la sobredeterminación y la noción de cadena significante sirven para pensar una serie de articulaciones que siempre son desbordadas y reconfiguradas por el campo de la discursividad en el que operan. En otros términos los elementos nunca terminan de configurarse como momentos de una cadena significante y siempre pueden ser rearticulados en nuevas formaciones discursivas” (Sosa, 2008)

Además de esta afinidad teórica con Lacan, que a su juicio no está debidamente reconocida por Laclau, Sosa destaca y enfatizándola -incluso más que el propio autor- la importancia del

orden de la afectividad por sobre el de la racionalidad para la comprensión de los procesos sociales. Retengamos de estos autores que piensan lo social desde una intersección entre Psicoanálisis y marxismo, la idea de la discursividad, que entendida desde el registro simbólico de Lacan, es considerada un proceso abierto e inacabado, cuyo rasgo principal es la proliferación de *siempre recién nacidas articulaciones*.

En Lacan los problemas del lenguaje nos remiten a la noción de “cadena significante” con la que conceptualiza el orden simbólico. En ese sentido, la noción de *point de capiton*, resulta central para comprender el efecto de sentido de una cadena significante. Este “punto de anclaje” permite explicar la operación por la cual el significante “detiene el deslizamiento de la significación (...) el significante enlaza la cadena en el *point de capiton* y produce retroactivamente un efecto de sentido de toda la cadena” (Sosa, 2008). Esta es una reformulación radical que hace Lacan de la idea saussuriana de la lengua como sistema, supone dejar de concebirla como sistema cerrado para entenderla como “cadena significante”, abierta.

Desde la perspectiva del análisis del discurso, apoyado en una teoría de la ideología que dialoga con Althusser, y por ello también con el Psicoanálisis, Pêcheux afirma que todo discurso es resultado de *condiciones de producción* dadas, que es preciso desentrañar para su análisis que supone comprender las relaciones de sentido que dicha discursividad despliega: “(...) a un estado dado de las condiciones de producción, corresponde una estructura definida del proceso de producción del discurso a partir de la lengua, lo que significa que, si el estado de las condiciones está fijo, el conjunto de los discursos susceptibles de ser generados en estas condiciones manifiesta invariantes semántico-retóricas, estables en el conjunto considerado y características del proceso de producción puesto en juego. Esto supone que es imposible analizar un discurso como un texto, es decir, como una secuencia lingüística cerrada sobre sí misma, y que es necesario referirlo al conjunto de los discursos posibles a partir de un estado definido de las condiciones de producción (...)” (Pêcheux, 1978:43-44).

Ahora bien, desde su punto de vista, el proceso discursivo *no tiene principio*, en el sentido que un discurso remite a tal otro, “(...) respecto al cual es una respuesta directa o indirecta, o cuyos términos principales corea, o aniquila sus argumentos” (Pêcheux, 1978:41). La “materia prima” del discurso (sic), aquello en lo que se sostiene, es algo *previamente discursivo*: las formaciones imaginarias. Tales formaciones resultan, dice el autor, de procesos discursivos anteriores que, a su vez, surgen de procesos discursivos anteriores que han dejado de funcionar pero que han dado nacimiento a “tomas de posición” implícitas que aseguran la posibilidad del proceso discursivo. En oposición a la tesis “(...) fenomenológica que

plantearía la aprehensión perceptiva del referente, del otro y de sí mismo como condición prediscursiva del discurso, suponemos que la percepción está siempre penetrada de lo ‘ya oído’ y lo ‘ya dicho’, a través de los cuales se construye la sustancia de las formaciones imaginarias enunciadas” (Pêcheux, 1978:52).

Las formaciones imaginarias, tal como las piensa nuestro autor, tienen que ver con los “lugares” de cada uno de los sujetos: “quién soy yo para que él me hable así, o su inversa: quién es él para que yo le hable así”; *quién soy yo para hablarle así*, o su inversa. Por otro lado, identifica el referente –que no coincide con ningún objeto real, sino imaginario- y la situación, “de qué” hablo o me habla así, es decir, el punto de vista. Las posiciones de los protagonistas, el referente y la situación, constituyen las *condiciones de producción* del discurso y determinan los procesos que con ellas se desencadenan.

Otro modo de plantear el vínculo de lo imaginario con la discursividad, es el que ofrece el examen de lo imaginario con el campo de la Semiótica, la teoría de los signos. Por un lado, Romé hace un agudo examen de los vínculos teóricos entre Peirce y Lacan, a propósito de la teoría social, “la dimensión ideológica es un componente específico de la relación semiótica susceptible de ser discernido, incluso en el dominio subjetivo (...) Su especificidad se instala sobre la imposibilidad referencial, o en otras palabras, sobre el a priori semiótico trascendental de la mediación del pensamiento comunitariamente válido por los signos. La ficción que puede sintetizarse como “respuesta de lo real” devenida signo y que Lacan define como coartada del orden simbólico, no es otra cosa que la fantasía de la referencia develada en la que *lo real* inaprehensible en el presente, se ofrece como realidad en el plano de la legalidad semiótica” (Romé; 2009:130 y 156).

Retendremos dos cosas de esta cita, (1) la relación ideología -imaginario- semiosis, y (2) el papel de lo imaginario -fantasía- en la legalidad semiótica que construye la realidad. Desde el campo de la semiótica, aunque con fuerte interés en los procesos político sociales, Sercovich, retoma la noción psicoanalítica de imaginario para discutir la noción de signo icónico de Peirce. El autor señala la necesidad de especificar en términos semióticos esta idea de relación imaginaria entendida como una *relación vivencial* o *inmediata, experimentada*. Dice: “Al semiólogo no debe interesarle cómo un discurso describe la ‘realidad’, sino cómo la genera (teniendo en cuenta la distinción efectuada más arriba entre lo real y la ‘realidad’), cómo produce sus propios referentes internos, determinando un régimen representacional específico (...) “Una formación imaginaria se define a partir de las modulaciones del significante, y la transparencia semiótica resulta de un ‘olvido’ que se opera en el sujeto: ‘invisibilidad’ de cierta arquitectura estilística: es aquí donde el discurso oculta sus condiciones de producción,

donde se produce la ‘naturalización’ de un régimen de selecciones y combinaciones lingüísticas” (Sercovich, 1977: 35, 36 y 39).

Para Sercovich, uno de los efectos de la denominada *relación imaginaria* es el constituido por las literalizaciones semánticas de bloques discursivos; pero, desde su punto de vista, lo imaginario discursivo y el efecto de *transparencia semiótica* no se explican por una relación – adecuada o no- con respecto a *lo real* sino por el hecho de derivar de determinados intereses sociales: “De esto se sigue que dichos intereses se manifiestan en determinadas formas discursivas y se conectan con maneras específicas de concebir la ‘realidad’ y difundir dicha concepción” (Sercovich, 1977: 44).

El campo de lo imaginario discursivo se puede entender como el de la realización escenificación de intereses ligados a lugares en una formación social. Desde el punto de vista, de Sercovich, la *relación imaginaria* forma parte de lo que él entiende por *relación ideológica*. De modo que la ideología constituye una estructura objetiva analizable en su especificidad: “Toda fantasía se desarrolla dentro del marco de una escenografía socialmente condicionada y determinada por los procesos discursivos y los demás sistemas significantes: rituales, gestos, comportamientos constitutivos de prácticas específicas (...)" (Sercovich, 1977:53).

Encontramos otro matiz en lo que nos plantea Romé, quien, desde una perspectiva más cercana a la teoría psicoanalítica, comprende lo imaginario a partir de su vínculo con el deseo: si bien lo imaginario es un campo heterogéneo, la fantasía, es el campo de “escenificación” del deseo. Leemos: “El *fantasma* se estructura como el nexo entre el sujeto y el objeto donde el objeto a es invocado frente a la imposibilidad de las palabras para designar de modo completo el ser, destinado a constante transformación, inaprehensible en su esencia. El *fantasma* ofrece un cierto *como si*, una promesa de identidad en un orden marcado por la imposibilidad de la relación entre el sujeto y el objeto. En cierta medida se trata del carácter alienante del significante que nunca da cuenta de la singularidad porque es siempre ya ajeno (...). El sujeto sólo puede nombrarse a sí mismo valiéndose de un instrumento que no sólo no puede jamás representar plenamente su singularidad, (sino que) aliena su identidad en el lenguaje que es por definición, propiedad ajena, alteridad” (Romé, 2009:135).

Dentro de lo que aquí se denomina *relación imaginaria*, *fantasma*, la imagen cumple siempre una doble función de revelación-ocultamiento. Ahora bien, es necesario señalar con precisión las diferencias entre las perspectivas que hemos recorrido. Tanto para Pêcheux como para Sercovich, las relaciones imaginarias conforman el haz de problemas de la discursividad, así como también el de la ideología. Ambos recogen la idea psicoanalítica para

resignificarla dentro de su campo de problemas específicos. Entre Sercovich y Romé, encontramos afinidad en el modo pensar lo imaginario en el campo de la teoría del signo y la significación, ambos reconocen el papel de lo ideológico en la relación semiótica. Pero mientras uno pone el énfasis en una teoría de las ideologías para pensar lo social, otra, enfatiza la afectividad y el deseo, el sujeto como tonalidad dominante de su lectura.

II. Perfiles de las unidades muestrales y entrevistas

Aún con matices locales, el conflicto en cuestión se nacionalizó; no dejó región productiva al margen. Pero en las provincias litoraleñas de Santa Fe y Entre Ríos la protesta social tuvo características que las tornaron emblemáticas. Los “cortes” en la localidad de Armstrong, en el Túnel Subfluvial, en Gualeguaychú, donde además cobró protagonismo el dirigente entrerriano Alfredo De Ángelis, las constituyeron en dos escenarios relevantes, también para nuestro estudio.

Desde el punto de vista del perfil productivo, sin embargo, hay diferencias importantes. Mientras que Santa Fe produce el 30 % (Buenos Aires, 21% y Córdoba 30%), Entre Ríos tiene escasa incidencia –menos del 1,6 %- en la producción total sojera⁹. Según datos del Censo Nacional 2001, ambas provincias sobrepasan la media de población rural de la Región pampeana (6,9 %), sin embargo, Entre Ríos tiene el doble de población rural dispersa (familias que viven en el campo) que Santa Fe; aquí, la población rural vive mayoritariamente agrupada en pequeños conglomerados urbanos, pequeños pueblos¹⁰. Esto mantiene cierta correspondencia con la tecnología de producción de la soja respecto de otros cultivos, como el arroz, que requiere mayor cantidad de mano de obra¹¹.

En ambas provincias se registra un marcado proceso de concentración de la propiedad de la tierra, aunque la modalidad de producción actual, puede prescindir de la propiedad mediante el arriendo. Especialmente en el caso de la soja, debido a las características del monopolio del mercado de semillas y agroquímicos, ha proliferado con los llamados *pools* de siembra - empresas dedicadas al cultivo mediante arrendamiento de la tierra. Es mucha la diferencia del beneficio entre el arriendo y la labranza; para quien cultiva la soja produce una ganancia bruta estimada en las mejores zonas de cultivo de alrededor de 2.200 pesos por hectárea, pero se hace necesario un número mínimo de hectáreas, que varía según la calidad del suelo y el

⁹ Cf. Ministerio de Agricultura, ganadería y pesca. Disponible en

http://www.minagri.gob.ar/SAGPyA/agricultura/cultivos_en_la_argentina/01-mapa_principales_cultivos/index.swf

¹⁰ Fuente: INDEC. Censo Nacional de Población y Vivienda 1991 y Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas.

¹¹ Entre Ríos produce el 40 % de la producción total de arroz.

precio internacional (además de otras variables más imponderables), para que la renta sea significativa. Según los criterios de clasificación de la SePyMEs (Res. 21/10), una microempresa, hasta 610.000 pesos anuales de facturación; pequeña, hasta 4.100.000 pesos anuales de facturación; una mediana, hasta 24.100.000 pesos anuales de facturación; por encima de esos montos, se trata de grandes empresas. Esto explica que el propietario de menos de 50 has. de campo, muchas veces, prefiera arrendar y trasladarse a los pueblos, pequeños conglomerados rurales, aunque sus ingresos se reducen a menos del 10 % de la utilidad bruta por hectárea.

Un primer análisis del perfil productivo de las oleaginosas en las dos provincias, indica que el llamado fenómeno de la “sojización”, es más notorio en Santa Fe que en Entre Ríos. En entrevistas exploratorias, productores santafesinos señalaron esta diferencia, pero además, afirman que a los entrerrianos, “les gusta vivir en el campo, son gente de campo.”

a. Construcción de la técnica de producción de datos

Sostiene acertadamente Bourdieu que hasta “(...) la técnica aparentemente más neutral contiene una teoría implícita de lo social (...)" (Bourdieu *et al.*, 2008: 66). Cada técnica debe ser pensada como instrumento de “producción” de datos, ya que son *teorías en acto*, que responden a las significaciones epistemológicas y teóricas que la relación con el objeto de conocimiento implica. El supuesto de la “neutralidad de las técnicas” es una operación ideológica con consecuencias políticas. La concepción de la metodología como una panoplia disponible de instrumentos a elección, debe volverse reflexiva para dar lugar a un proceso de construcción del instrumento de producción de datos específico a la situación concreta de investigación. En base a la reflexión sobre los presupuestos políticos y sociales con los que se interpreta la dinámica de lo social y a la reconstrucción histórica de la escena política que motiva nuestros análisis, pensamos que la técnica de producción de datos que debemos construir es un tipo de *entrevista* que nos permita rastrear indicios de los dispositivos fantasmáticos de los procesos de constitución de identidades.

Lo mencionado anteriormente conlleva dos implicaciones. La primera de ellas, nos conduce a pensar que el dispositivo fantasmático opera “(...) como una matriz capaz de generar infinidad de intervenciones enunciativas” (Caletti, 2009: 180) y es la base de prácticas no reflexivas. Tanto las intervenciones enunciativas como las prácticas, están ligadas inevitablemente a los procesos afectivos compartidos por el colectivo. En otras palabras, los enunciados y las prácticas, lejos de agotarse en una reflexión racional del actor individual que interviene en el espacio público, están entrelazados con la *afectividad*.

La segunda se desprende de la característica del dispositivo fantasmático como un conjunto heterogéneo, que no tiene relaciones lógicas y/o causales que lo vertebren y que permitan deducir su composición. En este sentido, sólo puede rastrearse su manifestación a partir de las intervenciones enunciativas de los actores. Es preciso mostrar brevemente la inextricable relación del discurso con el orden de lo imaginario, es decir, de lo afectivo.

El registro simbólico precisa de la Ley paraemerger, logrando que el sujeto del lenguaje se constituya como producto social y como sujeto de la falta. Ahora bien, esa falta está presente en cada acto de enunciación que el actor realiza, ya que la relación imaginaria que sostiene la promesa de completud proporcionada por los *objets petit a* tiene que ser significada discursivamente. Entonces, los enunciados que componen las formaciones discursivas tienen como soporte de ellas a las formaciones imaginarias. De esta forma los actores ocupan posiciones de sujeto en las formaciones discursivas y también en las formaciones imaginarias, lo que posibilita que la realidad –“formada” por los registros Simbólico e Imaginario- tenga sentido. Sercovich explica que la relación imaginaria constituye un componente inalienable de la producción significante, es decir, discursiva, en una sociedad, ya que está implicada en la reproducción de las condiciones estructurales de la misma: “Esto permitiría asignar un sentido más específico al concepto de relación imaginaria, entendida como una relación vivencial o inmediata (experimentada)” (Sercovich, 1977: 35).

Así pues, los enunciados se sostienen en la relación que el fantasma subtiende con el *objet petit a* para que los actores signifiquen sus intervenciones. De esta forma, los discursos, como conjuntos de enunciados, llevan una inextricable relación con la afectividad, propia de la relación imaginaria que el dispositivo fantasmático plasma en una escena. Como sostiene Sercovich, “(...) es inconcebible la no resonancia afectiva de un discurso” (Sercovich, 1977: 73).

Se trata de dar cuenta de los enunciados que significan las experiencias de acceso parcial al goce y que hacen visible con mayor intensidad esa afectividad. Aquellos actos de enunciación en que los entrevistados relatan sus vivencias –registro Simbólico-, están íntimamente unidos al soporte fantasmático -registro Imaginario. Entonces, si ambos registros están unidos y constituyen “la realidad” –siguiendo a Stavrakakis-, “lo real” supone las condiciones que interrumpen la armonía de aquella. De esta forma el lenguaje y el fantasma constituyen socialmente los procesos de identificación.

b. Opiniones y vivencias

Si bien todos los enunciados tienen una matriz afectiva que los sostienen, reconstruiremos la distinción entre las *opiniones* y las *vivencias*, como dos tipos diferentes de enunciados, para dar cuenta de la mayor visibilidad de la afectividad en los últimos.

La palabra latina *opinio*, explica Habermas, es traducida al inglés y al francés como *opinion*, dando lugar al encuentro de dos significados: la opinión como juicio incierto o no completamente probado (a); y la opinión como reputación cuestionable por los demás (b). Habermas afirma que, por un lado, la palabra conlleva la opinión colectiva; y que, por otro, los dos significados están en contraposición a la racionalidad pretendida por la opinión pública. Ambas cuestiones dan a entender el carácter social de la *opinion*.

En Inglaterra, Hobbes identificó *consciencie* con *opinion*, otorgándole así validez a las opiniones de las personas privadas por primera vez, transformando la confesión religiosa en un sentimiento privado alejado de las injerencias del Estado. Locke, por su parte, le quitó a *opinion* el significado de mero opinar y consolidó el de la idea que de uno poseen los demás: “(...) opinar no requiere (...) participación en un *raciocinio*, sino simple manifestación de aquellos ‘hábitos’ a los que luego se enfrentará críticamente la opinión pública considerándolos *prejuicios*” (Habermas, 1986:126). El paso de *opinion* a *public opinion* se realiza a través del *public spirit*, llegando estas dos palabras a convertirse en sinónimos. Es el periodismo político inglés el que asocia el *public spirit* al *Spirit of Liberty*, propio de un pueblo ilustrado y opositor (*sense of the people*).

Edmund Burke ve a la *general opinion* como la que “(...) constituye el órgano y el vehículo de la omnipotencia legislativa” (Habermas, 1986: 298). De esta forma, y a partir de Burke: “La opinión del público raciocinante no es ya simple *opinion*, no coincide con la mera *inclination*, sino con las reflexiones privadas acerca de los asuntos públicos y con la discusión pública de éstos” (Habermas, 1986: 129). Bentham explicita la conexión de la opinión pública con el principio de la publicidad: la opinión pública controla el ejercicio del poder haciendo público lo debatido en el Parlamento.

En Francia, a mediados del siglo XVII, Bayle consideraba a la *critique* como *raison* destructiva que todos pueden realizar sobre cualquier cosa. Sin embargo, la *critique* y la *raison* se realizan en el ámbito privado, seguidas de una discusión pública sin consecuencias para el Estado. Ya en el siglo XVIII, para los Enciclopedistas *opinion* es un *estado intelectual* de incertidumbre y de vacío. J.J. Rousseau es el que primero utiliza el término *opinion publique*, empleando el término *opinion* como *juicio no probado*. Rousseau hace coincidir la *opinion publique* con la Voluntad General: una especie de instinto de la humanidad, un *consenso de los corazones antes que de los argumentos racionales*; así pues, las leyes

coinciden con las costumbres. Es con los Fisiócratas que la *opinion publique* se vuelve propia del público ilustrado que, a causa del proceso de discusión crítica pública, se presenta como la opinión verdadera: “La *opinion publique* [para los Fisiócratas] (...) no domina, pero el poderoso ilustrado se verá obligado a seguir su visión de las cosas” (Habermas, 1986:130).

En Alemania, para Kant “(...) la opinión pública quiere racionalizar la política en nombre de la moral” (Habermas, 1986: 136), la política debe rendir tributo a la moral, ya que solamente la razón tiene poder. La publicidad (*Publizität*) solidariza la moral con la política, operando como principio de ordenación jurídica y método de ilustración¹².

En cuanto a la *vivencia*, diremos que se trata de una palabra de procedencia alemana, *Erlebnis*, y que fue traducida por Ortega y Gasset con el neologismo que nos ocupa. Apareció en el siglo XVIII, cuando Hegel la escribió en una carta. Hasta ese momento, solamente existía *erleben* (experimentar, vivir), verbo que adquiere, a partir del progresivo uso de su forma sustantivada, *Erlebnis*, “(...) un matiz de comprensión inmediata de algo real” (Gadamer, 2007: 96).

El uso de la palabra comienza a volverse frecuente a partir de la década de 1870, cuando Dilthey comienza a reflexionar sobre ella. Gadamer atiende a dos significados contenidos en *Erlebnis*: por un lado, se trata de la *inmediatez* que sirve de sustento a todo tipo de interpretación o posterior reflexión; por otro lado, refiere al *resultado permanente* de esa inmediatez. La *vivencia* tiene una relación inextricable con la *vida*, con aquello vivido por cada uno y que no puede olvidarse, sino que se “recuerda”, que se lleva en el corazón.

Dice Gadamer que aquello “(...) que vale como vivencia es algo que se destaca y delimita tanto frente a otras vivencias (...) como frente al resto del decurso vital” (Gadamer, 2007: 103), resultando así que “(...) lo específico del modo de ser de la vivencia es ser tan determinante que uno nunca puede acabar con ella. (...) Lo que llamamos vivencia en sentido enfático se refiere pues a algo inolvidable e irremplazable, fundamentalmente inagotable para la determinación comprensiva de su significado” (Gadamer, 2007:104).

Precisamente lo inolvidable es lo que se lleva en el corazón, lo que se recuerda, aquello a lo que hacemos alusión cuando hablamos de *afectividad*, algo que escapa al *lógos*, que refiere a algo vivido inmediatamente por uno, y que es el piso desde el que se lleva adelante toda mediación reflexiva racional. Incluso, en ocasiones, es un piso que *permanece no reconocido*.

c. Deixis

¹² Para un análisis pormenorizado, remitimos al mencionado, y ya clásico, texto de Habermas.

Habíamos sostenido que el dispositivo fantasmático opera como una matriz generadora de intervenciones enunciativas. Así las cosas, el rastreo de la *afectividad* que la narración de las vivencias brindará, nos conducirá hacia la reconstrucción de un relato soterrado, irreflexivo, que constituye identidades.

La enunciación es la operación del actor individual en cada superficie discursiva. El discurso está constituido por la transformación de actos de enunciación en enunciados y, consecuentemente, con las relaciones que entre ellos se establecen y la operación que borra el acto mismo de enunciación. De esta forma, el modo de funcionamiento del discurso oculta la intervención enunciativa: “Sólo por esta *desindividualización*, el discurso puede existir como una superficie productiva que plantea a los comunicantes haces de encadenamientos significantes. Sólo por esta desindividualización es en la superficie del discurso en la que se resuelve el campo entero de lo que las cosas presumiblemente son” (Caletti, 2009: 120 y ss).

Al mismo tiempo, la superficie discursiva tiene con las enunciaciones una relación dinámica: en todo momento los actos enunciativos están contribuyendo a modificar –a la vez que también reproducen– esas formaciones discursivas. Es importante considerar que no existe una disociación radical en la relación enunciación/superficie discursiva, como tampoco es posible que cada acto de enunciación reproduzca sin más los enunciados ya preexistentes en las superficies discursivas.

En este punto, debemos especificar que, por un lado, “(...) el acto de enunciación es más complejo que el enunciado (...) lo desborda, y en algún sentido lo sobredetermina, en tanto añade los rasgos pragmáticos de significación propios de su proferirse. No sólo los paralingüísticos, los gestuales. También, por ejemplo, aquellos que de manera clásica se llaman *deícticos* (...)” (Caletti, 2009: 120 y ss); y que, por otro lado, si nuestras operaciones de enunciación sólo reproducieran aquellos enunciados que son parte de la superficie discursiva, entonces no se produciría cambio alguno en las significaciones, lo que equivale a decir que no habría intervención política alguna, solamente “paz y administración”.

Los deícticos son expresiones que determinan sus referentes en relación con los interlocutores. Benveniste demostró que los deícticos constituyen la irrupción del discurso –conjunto de enunciados– en el interior de la lengua –en tanto sistema formal-. Su sentido sólo puede definirse en relación al empleo de los mismos. A partir de lo especificado por Caletti, consideramos que: “Son deícticos (...) los que nos permiten suponer que advertimos quién es aquél que habla, a partir del modo en el que, inevitablemente, *sintomatiza* en su enunciación aspectos de su condición subjetiva, aun aquellos que ignora, que desatiende o que pretende neutralizar” (Caletti, 2009: 143, el subrayado es nuestro), estando los elementos de la *deixis*

unidos al “(...) universo de experiencias vividas, anhelos o fantasmas que palpitan en el interlocutor”¹³ (Caletti, 2009:143), pese a que el enunciador *no* necesariamente tiene pleno dominio de ellos, ya que se encuentra descentrado en tanto sujeto.

Los deícticos aparecen en la situación concreta –no universal y abstracta- de interacción entre interlocutores, en los que uno y otro dejan sus huellas afectivas en los enunciados de cada discurso. Ahora bien, los deícticos se hacen presentes en los enunciados y muchas veces son registrados, también, de manera no consciente. Es decir, además de la información que se comunica entre los interlocutores, existe “algo” que ancla a la misma en la situación y la vuelve significativa para quienes intervienen en la interacción. Esa operación de anclaje está enmarcada en el registro subjetivo de esas deixis, es decir, en el registro de lo imaginario. Los deícticos nos *indican* el sentido inextricablemente afectivo que los enunciados comunican, constituyendo elementos fundamentales para el desciframiento preciso de los componentes expresivos; por ello sostendemos que “(...) los emergentes de la subjetividad (por caso, la producción de lo imaginario) y su carga movilizada por resortes emocionales (...), suelen intervenir en el terreno de la comunicación a través de operaciones del orden de lo indicario” (Caletti, 2009:151). Consideramos, pues, que los *deícticos* operan como *índices*. Para dar cuenta de esa relación diremos que, según la clasificación de los signos de Peirce, los *índices* tienen por característica el representar en un aspecto al objeto que señala, estableciendo una relación de contigüidad existencial con ese objeto. Los *índices* pertenecen a las relaciones de Segundidad, el nivel de las relaciones del signo con las situaciones concretas de los objetos que se indican. Por eso, la relación es uno a uno, no pasa por una operación de equivalencia universal, sino más bien por mantener la específica remitencia compulsiva y particular.

De esta manera, como la operación de enunciación remite a un actor individual que la realiza, al llevarla a cabo despliega una cantidad de deícticos que remiten hacia él mismo, ya de manera intencional como no intencional. Esos deícticos operan como indicios que remiten a elementos heterogéneos que no son solamente parte de la enunciación del actor, sino también forman parte de un dispositivo. Ahora bien, como esos deícticos también indican el registro afectivo del actor, es decir, el registro imaginario, es posible que a través de ellos podamos reconstruir el dispositivo fantasmático.

d. Indicios y abducción

¹³ Es preciso destacar el trabajo de Caletti acerca de la ampliación de la deixis hacia los procesos ligados a la afectividad, basándose en los aportes de Michel Pêcheux y la crítica de éste a Émile Benveniste.

La palabra *abducción* proviene del “(...) latín *abductio*, ‘acción de llevarse o separar’, derivado del verbo *abducere*, y éste de *ducere*, ‘llevar, conducir’” (Coromines 2008: 2). Esto implica que la abducción nos remite a algo que está separado y a lo que nos debemos conducir. Aquí debemos considerar el potencial heurístico de la abducción. Fue Peirce quien restituyó al procedimiento abductivo la luz del reconocimiento científico, obscurecido por la inducción y la deducción.

Sostiene Marafioti que el signo peirceano puede definirse como: algo por algo en alguna relación para alguien¹⁴. Peirce clasifica a los signos de acuerdo a distintas relaciones: (1) según las relaciones de Primeridad, que hacen referencia a la relación del signo consigo mismo, con su representamen. La Primeridad es “(...) todo cuanto tiene posibilidad de ser, real o imaginario” (Zecchetto, 2004: 46). (2) Las relaciones de Segundidad son aquellas que se refieren a la relación del signo con su objeto. (3) Existen también las relaciones de Terceridad, que hacen referencia a la relación del signo con su interpretante y “(...) está formada por las leyes que rigen el funcionamiento de los fenómenos, es una categoría general que da validez lógica y ordena lo real” (Zecchetto, 2004: 47). Para Peirce, cada signo particular satisface los aspectos de la relación triádica –representación de un objeto, representación de ese objeto en algún aspecto y creación de un interpretante- en distinta medida. En cada signo, uno de los tres componentes es el dominante.

Según Peirce, existen tres tipos básicos de procedimientos: abductivos, deductivos e inductivos. La inducción conduce a generalizaciones sobre la observación de casos. La deducción es explicativa, ya que las inferencias se ocupan de mostrar la relación de cada proposición, la información que está pero que todavía no se ha advertido. Finalmente, la *abducción*: “Concierne a la introducción o al descubrimiento de nuevas proposiciones posibles o hipótesis, basadas en la anomalía o en los sucesos sorprendentes generados por una información recibida del sistema de signos” (Marafioti, 2004: 98). La abducción conduce, lleva a inferir de un signo algo que no está en él; lo que une a las premisas generales y a las particulares es sólo un rasgo, que ser corroborado por inducción y por deducción. El *juicio abductivo* es el motor del avance del conocimiento, ya que permite la formación de conjeturas para explicar una conclusión “Y”, esto es, debemos partir de una premisa “X” que, al no estar relacionada necesariamente –como en las operaciones deductivas-, se transforma en una conjetaura, en una hipótesis, o bien, en una pista que permite tratar de reconstruir *abductivamente* aquello que hizo posible algo. Si, como dice Peirce, “Todo lo que centra la

¹⁴ Cf. Marafioti, Roberto (2004). Capítulo 4. Gramática semiótica.

atención es una *indicación*. Todo lo que nos sorprende es una indicación, en tanto en cuanto marca la unión de dos porciones de experiencia” (Peirce, 1999:5), entonces podríamos decir que la abducción está fuertemente ligada a los *índices*.

Nos interesaremos por el plano de las relaciones de Segundidad, que plantean la relación del signo con su objeto: contemplan a los *íconos* –representan una de las cualidades de su objeto, son análogos en algo a su objeto, manteniendo una relación de parecido con su objeto-; a los *índices* –representan en un aspecto que lo indica/señala al objeto, manteniendo una relación de contigüidad existencial con su objeto, remitiendo a éste compulsivamente-; y a los *símbolos* –representan una convención, un hábito (campo específico en el que tengo que atar al significante) de vincular al objeto entre los hombres, manteniendo una relación arbitraria con su objeto.

Por otra parte, Peirce sostiene que: “En todo razonamiento tenemos que usar una mezcla de semejanza, índices y símbolos. No podemos prescindir de ninguno de ellos” (Peirce, 1991: 6), lo que motiva al filósofo norteamericano a realizar diversas clasificaciones a partir de las combinaciones entre los signos. Los signos (en nuestro caso los enunciados) que nos interesa analizar, antes bien, no tienen una apertura total ni una inmediatez reconocida por hábito, es decir, para interpretarlos no podemos acudir a un sistema determinado previsto, a un código, sino que ese proceso de identificación es problemático. “La identidad del signo (...) [es] un juego de remites a otros signos, en una cadena de interpretantes que permanece abierta en vez de concluirse en el punto de partida. (...). (...) sucede a menudo, [que] generalmente necesitamos explicaciones hipotéticas y explicativas y no de tipo deductivo o analítico, que hay que buscar el signo interpretante en algún sistema distante (...)" (Ponzio, 1998:161)¹⁵.

Ese “sistema distante” al que tenemos que remitirnos tiene que estar indicado, para poder dirigirnos hacia él, habida cuenta que ese mismo “sistema” no es tal, sino que se trata de retazos que hay que reconstruir. Esos retazos hacen referencia al dispositivo fantasmático que constituye los procesos de identificación de las subjetividades.

e. Reconstrucción de los procesos de identificación.

Podemos concluir que “La abducción (...) es el proceso de conectar modelos preexistentes con configuraciones de hechos y, de ese modo, acotar enormemente ‘los espacios de búsqueda’. (...). La abducción sugiere que algo puede ser: no que *lo sea necesariamente*”

¹⁵ El subrayado en la cita es nuestro. Si bien el autor sostiene que este procedimiento está atado a los íconos, el “conducir a”, “el llevar”, de la abducción se basa tanto en la indeterminación de la cadena de signos como en la pista que implica el índice. En otras palabras, es la indicación aquello que nos capta la atención y que nos lleva a *explorar*.

(Samaja, 1997: 89-90). La necesidad supone que es posible reconstruir las partes de un todo ya dado de antemano, tal como el sistema, etc. Ahora bien, la abducción es el procedimiento que, por medio de indicios, en este caso las deixis que las vivencias expresan, nos guía hacia ese dispositivo fantasmático siempre operando en cada enunciado.

De esta forma, la entrevista supone reconstruir un proto-relato a partir de retazos. No se trata de realizar un cuestionario sobre algo ya determinado. Por eso el punto de partida es un indicio, o, si se prefiere un detalle: ‘Del orden del detalle son ciertas preguntas que buscan confirmación (fechas, hechos, modos), o aclaración (cómo algo sucedió realmente), o actualizan viejos adagios (‘para muestra basta un botón’). El detalle no es entonces accesorio, sino necesario, y en ocasiones, hasta esencial (Arfuch, 2010: 84).

La entrevista, tal y como hemos analizado su procedimiento a partir de pensar que los procesos de identificación política tienen una matriz afectiva detrás, debe evitar que el entrevistado responda en términos reflexivos, es decir, que *opine* racionalmente en la situación misma de entrevista. Hasta es posible que una forma de responder a la violencia simbólica propia de la situación, sea el intento de reflexionar sobre las preguntas. Aquí debemos tener en cuenta el proceso de construcción de la muestra, es decir, cómo seleccionamos a los casos a entrevistar: si bien la proximidad social y la familiaridad entre los participantes de la entrevista contribuye a disminuir la violencia simbólica, bien pueden utilizarse otras estrategias, como la de “(...) *representar roles*, componer la identidad de un encuestado que ocupa una posición social determinada para hacer falsos trámites de compra o pedido de informaciones” (Bourdieu, 2000: 530). Para llevar adelante tal estrategia, también debemos disponer de un saber previo (muchas veces producto de entrevistas anteriores o con informantes) sobre los entrevistados, que permita hacer hincapié en hechos que han dejado una marca en la vida del entrevistado: una foto de su infancia, un juego de su juventud, una costumbre familiar, etc. Así pues, constataremos que: “El que recuerda, de manera espontánea o inducida por el entrevistador, puede focalizar en hechos y situaciones que van más allá de su propia experiencia y forman parte de la memoria colectiva. Pero esta ‘cuenta regresiva’ nunca está disociada del presente de la enunciación, de esa vuelta sobre el aquí y ahora que caracteriza a los relatos mediáticos” (Arfuch, 2010: 89).

La reconstrucción de los procesos de identificación, podemos concluir, debe partir de la importancia que la afectividad tiene a la hora de consolidarlos o modificarlos, para luego intentar visibilizar esa matriz afectiva –el dispositivo fantasmático- que los hace posibles. Es a partir de esta técnica de entrevista, que contempla los presupuestos epistemológicos, teórico-políticos y culturales, que podemos llevar adelante una investigación que arroje alguna luz en

la complejidad de aquellos procesos. Quizás esta forma de explorar contribuya a la comprensión de las intervenciones políticas de los actores en el espacio público de nuestro país.

Bibliografía

- Arfuch, Leonor. (2010). *La entrevista, una invención dialógica*. Buenos Aires: Editorial Paidós SAICF.
- Bourdieu, Pierre (dir.). (2000). *La miseria del mundo*. Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Bourdieu, Pierre; Chamboredon, Jean-Claude y Passeron, Jean-Claude (2008). *El oficio de sociólogo. Presupuestos epistemológicos*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentina SA.
- Caletti, Sergio. (2006). Decir, auto representación, sujetos. Tres notas para un debate sobre política (y comunicación). Revista *Versión. Estudios de comunicación y política* 17, pp. 9-78.
- Caletti, Sergio. (2009). *Exploraciones (Discurso, política, subjetividad)* (inédito). Informe final PID *Política, sujetos y comunicación: un acercamiento a la escena pública contemporánea*, PID 3098, UNER, 2006-2009.
- Coromines, Joan. (2008). *Breve Diccionario Etimológico de la Lengua Castellana*. Madrid: Editorial Gredos.
- Gadamer, Hans-Georg. (2007). *Verdad y Método. Volumen I*. Salamanca: Ediciones Sígueme S.A.U.
- Habermas, Jürgen. (1986). *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*. México: Ediciones de Gustavo Gili S.A. de C.V.
- Marafioti, Roberto. (2004). *Charles S. Peirce: El éxtasis de los signos*. Argentina: Editorial Biblos.
- Muñoz, Carina. (2011, junio 29 y 30, julio 1). Lo imaginario en la política. *VI Jornadas Nacionales Espacio, Memoria e Identidad*. Centro de Estudios “Espacio, Memoria e Identidad” y Universidad Nacional de Rosario.
- Pêcheux, Michel. (1978). *Hacia el análisis automático del discurso*. Madrid: Gredos (ed. or. 1969 y 1975).
- Peirce, Charles Sanders. (1999). ¿Qué es un signo? Sin responsable editorial (ed. or. 1894).
- Ponzio, Augusto. (1998). *La Revolución Bajtiniana. El pensamiento de Bajtín y la ideología contemporánea*. España: Ediciones Cátedra.
- Romé, Natalia. (2009). *Semiosis y subjetividad. Preguntas a C.S. Peirce y J. Lacan desde las ciencias sociales*. Buenos Aires: Editorial Prometeo.
- Samaja, Juan. (1997). *Epistemología y Metodología. Elementos para una teoría de la investigación científica*. Buenos Aires: Editorial de la Universidad de Buenos Aires.
- Sercovich, Armando. (1977). *El discurso, el psiquismo y el registro imaginario. Ensayos semióticos*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión SAIC.
- Sosa, Martina. (2008). Discurso y sujeto en Hegemonía y estrategia socialista de Ernesto Laclau. Una mirada sobre las huellas del Psicoanálisis. Disponible en: <http://www.psikeba.com.ar/articulos2/MS-Ernesto-Laclau-discurso-sujeto-en-hegemonia-y-estrategiasocialista.htm>
- Stavrakakis, Yannis. (2008). *Lacan y lo político*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Stavrakakis, Yannis. (2010). *La izquierda lacaniana. Psicoanálisis, teoría, política*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina SA.
- Zecchetto, Victorino. (2005). *Seis semiólogos en busca del lector*. Buenos Aires: Editorial La Crujía.